DIPUTACION DE MADRID

II JORNADAS DE ESTUDIOS SOBRE LA PROVINCIA DE MADRID

Madrid en busca de su identidad cultural

T. Calvo Buezas (1980
"Gitanos a Madrid:
Ecología, etnicidad
y lucha de clases"

CIUDAD ESCOLAR PROVINCIAL. MADRID, 25, 26, 27 y 28 DE NOVIEMBRE DE 1980

Madrid, teniendo que tomar metro y autobuses; al llegar a casa de su mujer le pregunta: «¿Has visto a alguien?», y él enfáticamente contesta *no he visto ni a un alma.* Cuando Antonio el gitano cuenta la anécdota, él mismo explica la razón de su lenguaje: «Si yo no me encuentro a nadie de mi raza en el autobús o calles de Madrid, aunque me haya tropezado con millones de gentes, yo no he visto a nadie, porque si nosotros, los gitanos, somos nadie para los payos, ellos también son nadie para nosotros.» Es la dialéctica del *ninguneo,* la máxima forma de incomunicación inter-grupal, negando la existencia del «otro»: una manifestación más de la dialéctica de la discriminación mutua.

Pero lo dramático y trágico de los gitanos madrileños, como de la mayoría de los gitanos españoles y otras minorías étnicas marginadas del mundo, es que el pan y la sal, el techo y el trabajo, la escuela y la salud dependen fundamentalmente de los resortes de poder y dinero de la sociedad dominante paya, en la que los gitanos —quieran o no— están socialmente inmersos. Y Madrid es la residencia y habitat vital, donde unos 40.000 gitanos pregonan su etnicidad particular dentro del gran entorno polifacético urbano.

IMAGENES MADRILEÑAS: ETNICIDAD GITANA

Horas tempranas de un barrio madileño de clase media-baja. Siguiendo la vía de los cubos de basura, pueden verse a algunas mujeres y niños gitanos que rebuscan cacharros, sobras de comida, cartones, objetos perdidos, etc. Son rostros humanos buceando vitalmente sobre los desperdicios de otros. Es la primera estampa gitana, la de los *buscones,* más patente en los vertederos del extrarradio de Madrid: es la patencia de una relación de simbiosis al nicho ecológico urbano, una forma de ocupación de un grupo que sobrevive de lo que a otros les sobra, estorba, repugna o asquea.

En una avenida lujosa, como puede ser la Castellana en su cercanía a Capitán Haya, puede oírse el trotar de un animal con un carro, sobre el que se yergue orgulloso un hombre casado gitano con el hijo a su lado, quien vocea: «¡Se recogen cacharros!»; y así baja de las casas neveras, sillas, camastros, butacones viejos. De esta forma, la señora «bien» puede desprenderse de los «cacharros mal», resultando gratis para ella el desalojo del «desperdicio», que a su vez constituye una mercancía «valiosa» para los gitanos chatarreros vecinos del Municipio madrileño.

Esquina estratégica en un cruce de calles de la zona Centro. Junto a un cesto de claveles, una gitana madre de mediana edad o una gitanilla moza nos ofrece claveles: «¡Ande, señorito! ¡Lleve una docena de claveles a su amor!» Tal vez a escasos metros, veamos a otra gitana, y cruzando la esquina, otro puesto más; son gitanas de la misma familia que tienen frente a otros gitanos ese nicho informal de venta en exclusiva, sirviendo a la vez el reducido espacio para el control de madres y abuelas sobre las jovencitas y de auto-defensa mutua; pero los payos no ven tan complicado sistema de disputa y control del espacio físico y social, sino «una gitana» *vendiendo flores* y el Ayuntamiento ve una forma ilegal —y, por tanto, castigable— de ejercer el comercio.

Siguiendo nuestro caminar urbano, a la boca del Metro o en el lateral de una gran avenida ,podremos encontrarnos una madre mayor o un aanciana con uno o dos niños gitanillos, de ojos hermosos y cara de hombre, tal vez andrajosos, mientras oímos un gemido mecánico lastimero: «¡Una lismosna, por el amor de Dios!» Es otra estampa urbana gitana, *la mendicidad,* como una forma específica de trabajo y de supervivencia en que la familia necesitada busca sus recursos por el limosneo de la madre-mujer, nunca del hombre gitano.

Si nos vamos al Rastro madrileño, allí encontraremos hombres gitanos casados, atentos y dicharacheros, que nos ofrecen, con gesto de descubrirnos las Cuevas de Alí-Babá, hermosas cajas de relucientes anillos y relojes; son unos gitanos que muestran su gran capacidad de *comerciantes.* Pero si seguimos andando por tiendas y calles, podremos encontrarnos con los negocios de los *antciuarios,* muchos de ellos gitanos, de buen vestir y decir, que son verdaderos especialistas en piezas de arte, con sabor a pueblos perdidos e iglesias rurales. Es otra imagen del variado espectro gitano, los vendedores profesionales y los ricos anticuarios.

Y si en la noche madrileña queremos pasar un buen rato o acompañar a un amigo extranjero deseoso del *typical spanish*, podemos ir a un tablao flamenco, donde una veintena de gitanos y gitanas artistas alargan la noche burguesa de Madrid con sus palmas y zapateaos.

Buscones, chatarreros, floristas ambulantes, mendicantes, comerciantes, anticuarios, artistas... estampas madrileñas todas ellas, urbanas todas, enmarcadas en una sociedad pos-industrial desarrollada, siglo XX, *Made in Spain*... Todas estas imágenes componen un abanico auténtico «madrileño», pero con un sabor y color étnico diferenciado, el de la «gitaneidad».

Pero de lo exótico —siempre imagen superficial y, por lo tanto, desdibujante de la radicalidad social— pasemos a otra cara significativa de la ontología societaria, que es el conflicto y la lucha antagónica por la existencia.

POR PRIMERA VEZ: ¡GITANOS DE MADRID EN LUCHA!

El pueblo gitano, que a finales del siglo XV arribó como peregrino de honor a la Península Ibérica, ha ido sucesivamente pasando por la discriminación, persecución y amenaza de muerte. Y esta constante persecutoria de la sociedad dominante ha sido la razón de su tradicional postura de silencio, ocultamiento y aparente sumisión. Los gitanos, en su memoria histórico-ancestral, no sólo recuerdan las inmediatas matanzas de gitanos por el mazismo hitleriano, sino las leyes reales españolas (3).

Primero fue el intento de extirpar su cultura:

«... y que no puedan usar del traje, nombre y lengua de gitanos y gitanas, sino que, pues no los son de la nación, quede perpetuamente este nombre y uso confundido y olvidado.» (Real Cédula de 28 de junio de 1619, Felipe III.)

Pero de la extirpación de la cultura se llegaría a la extirpación de las personas:

«Todos los gitanos que tienen vecindad en las ciudades y villas de su asignación, se restituyan en el término de quince días a los lugares de su domicilio, pena de ser declarados, pasado ese término, por bandidos públicos, y de que, por el mismo hecho de ser encontrados por armas o sin ellas fuera de los términos de su vecindario, *sea lícito hacer sobre ellos armas y quitarles la vida.*» (Resolución del 30 de octubre de 1745 de Felipe V.)

Y he aquí la pragmática de Carlos II en junio de 1695:

«Y ordenamos y mandamos, que si fueran aprehendidos juntos o en quadilla algunos de los que se dicen gitanos en número de tres o más, con armas de fuego cortas o largas, a pie o a caballo, sean o no avecindados en estos reinos, aunque no se les pruebe otro delito, *incurran en la pena de muerte.*»

Ningún pueblo sufre de amnesia grupal y los gitanos tampoco; por eso, la forma de lucha contra la sociedad dominante ha sido sorda y en silencio, pero eficaz, manteniendo su etnicidad como pueblo a pesar de las persecuciones y discriminaciones. Y ahora que las estructuras de poder y los derechos de los ciudadanos han cambiado, los gitanos han roto su silencio inmemorial y han gritado: *¡Camelamos naquerar!* (¡Queremos hablar!) (4). Esto es nuevo en la historia gitana; y Madrid ha sido escenario de un significativo botón de muestra.

Madrid, Plaza de los Carros, 20 de junio de 1979: Manifestación autorizada. 500 gitanos y gitanas portan pancartas y gritan contra las autoridades municipales madrileñas, ante la mirada pacífica de medio centenar de policías. Eran hombres, mujeres y niños gitanos, que reclamaban sus derecvhos ciudadanos como vendedores ambulantes. Una hojeada a la prensa puede apuntarnos la significancia antropológico-política del nuevo fenómeno dentro de la tradicional forma del silencio colectivo gitano.

«Manifestación de gitanos contra la represión de la venta ambulante, ¡queremos trabajar!» (*Diario 16*, 21-6-79). «Los gitanos plantearon sus peticiones al Ayuntamiento» (*Informaciones*, 20-6-79). «Los gitanos reinvindican la venta ambulante» (*Mundo Obrero*, 19-6-79). «Mañana, manifestación de gitanos para protestar por la campaña contra la venta ambulante» (*Pueblo*, 19-6-79). «¡Queremos vender y no robar! Manifestación gitana en favor de la venta ambulante» (*Pueblo*, 20-6-79). Todo este carnaval periodístico nos está apuntando a la novedad del fenó-

meno reivindicativo gitano en que este pueblo, secularmente perseguido y marginado, rompe su silencio, voceando con gritos y pancartas exclamaciones como estas: «¡Señor alcalde, nos insulta su desdén, nos duele su injusticia!»; ¡«Libertad, venta ambulante!»; «¡Alcalde, alcalde, queremos venta ambulante»; «Los gitanos también somos ciudadanos españoles»; «Los gitanos unidos ¡jamás serán vencidos!».

Estas voces indicadoras de un conflicto laboral-étnico es un trazo nuevo en el mapa cultural madrileño, una rosa roja de la primavera madrileña, aunque tenga sus hermosas raíces en otra manifestación en la Plaza Mayor para protestar ante el gobernador por el problema del chabolismo gitano.

Pero esta nueva potencia gitana en el mapa conflictivo madrileño tiene también otra cara de profunda significación antropológica: es el nuevo fenómeno de la delincuencia juvenil gitana, particularmente dentro de los barrios populares periféricos (5). Así podemos leer cómo «bandas de delincuentes formados por payos, gitanos y quinquis... de trece a dieciséis años... cometen actos vandálicos, destrozan un gimnasio... obligan con navaja en mano a bailar a las señoras que acudían a un Centro social» (*El País*, 18-12-80). Y lo que es más grave aún y más nuevo en el mundo gitano: «Una banda de traficantes de cocaína, en su mayoría de raza gitana» (*El País*, 27-12-79).

Manifestaciones reivindicativas y delincuencia juvenil gitana: una estampa nueva en la antropología urbana madrileña, una seña más de la identidad cultural gitano-urbana-madrileña. Algo radicalmente nuevo está aconteciendo en la sociedad madrileña y en la etnia gitana, que la hace romper su silencio secular y exigir sus derechos como ciudadanos españoles y vecinos *sedentarios-urbanizados*, a la vez que sus jóvenes gitanos, antes controlados autoritariamente por los padres y ancianos, han roto amarras tradicionales familiares y buscan por caminos delictivos payos el rápido disfrute de la sociedad consumista. Definitivamente, la tienda y la carreta, la feria y el campo abierto han dejado de ser el nicho habitual de los gitanos, siendo ahora la gran ciudad su nicho de residencia y supervivencia, tanto a nivel individual como cultural étnico.

ECOLOGIA, ESTRUCTURA DE CLASES Y GITANOS

Hasta aquí únicamente hemos apuntado algunos significativos hechos de vida grupales y comportamientos conflictivos, que nos acercan muy parcial y descriptivamente a la realidad social gitana. Y la ciencia antropológica exige describir, pero sobre todo explicar y desvelar los hilos estructurales que, ocultos y disimulados, mueven, condicionan y/o determinan el todo sociocultural. No es mi pretensión en este corto trabajo llegar a tal nivel de análisis, pero sí señalar los mojones científicos por donde debe caminar la investigación antropológica.

En primer lugar, ¿cuántos son, cómo viven, en qué trabajan, cómo se relacionan con los otros, cómo sienten, valoran y piensan, qué cambios están sufriendo los gitanos madrileños?

Tenemos algunos y significativos estudios sobre los gitanos de Madrid, aunque limitados en el área de estudio y tiempo (6). ¿Cuántos son los gitanos en Madrid? Una de las características de todas las minorías marginadas del mundo es que no se sabe cuántos son. Existen estimaciones de la población gitana en España, que van de 300.000 a 600.000, siendo el medio millón la cifra que ahora suele repetirse más (7). De ellos, el 42 por 100 está en la zona sur; pero lo significativo es el fenómeno nuevo de la concentración en las zonas urbanas, estimándose que el 50 por 100 de la población gitana está en las ciudades de Madrid, Barcelona, Granada, Alicante, Sevilla, Jaén y Murcia. ¿Y cuántos gitanos hay en Madrid? En 1971 se estimaba que de 10.000 a 12.000 fijándose hoy la cifra entre 40 y 50.000 (8). Pero tal vez lo importante es señalar: 1.º) que Madrid, junto con Barcelona, son los dos centros de mayor atracción y residencia fija de gitanos; 2.º) que la distribución de la población gitana es el de 70 por 100 menores de veinticinco años y sólo el 10 por 100 son mayores de cuarenta y cinco años, y 3.º) que la tasa de crecimiento de la población gitana se estima alrededor de un 5,2 por 100, mientras la de España es del 1,1 por 100, y la de Madrid ciudad del 1,9 por 100,

lo cual hace que la población gitana se doble en diecinueve años (la española, en 100), e incluso algunos afirman que se multiplicarán en trece o quince años. Todo ello hace previsible que en el año 2000 tengamos 1.000.000 de gitanos en España y más de 100.000 madrileños. Pero en el caso gitano, más que su importancia numérica hay que fijarse en la especificidad cualitaiva socio-cultural, que lo convierte en un grupo étnico importante en el mapa cultural madrileño.

¿En qué trabajan y dónde viven los gitanos? He aquí dos fundamentales sustratos estructurales que nos pueden «revelar» mejor el «exótico tinglado» gitano.

Si tomamos los datos del estudio de GIEMS (1973), esta es la tabla de conjuntos ocupacionales en Madrid: agrícola, 4,1 por 100; espectáculo, 3,6 por 100; compraventa, 23,4 por 100; chatarreo, 33,7 por 100; mendicidad, 1,3 por 100; personal manual no cualificado, 12,1 por 100; ninguna ocupación, 6,0 por 100 (9). Si los comparamos con el estudio de toda la población española del Instituto de Sociología Aplicada (1978), tenemos: vendedor ambulante, 20,6 por 100; temporero agrícola, 20,3 por 100; obrero (excepto construcción), 19,2 por 100; chatarrero, 14,8 por 100 albañil, 6,2 por 100; servicio doméstico, 5,2 por 100; otras profesiones laborales, 5,0 por 100; dependientes y camareros, 2,2 por 100; profesionales liberales, 1,7 por 100; tapiceros, 1,3 por 100; anticuarios, 1,1 por 100; lustradores de calzado (10), 0,8 por 100; administrativos, 0,2 por 100; toros-deportes, 0,07 por 100; fuerzas armadas, 0,03 por 100.

Aunque los dos cuadros no están hechos bajo el mismo criterio, algunos hechos parecen significativos: a) que algunos trabajos tradicionales como el chalaneo están dando paso a ocupaciones nuevas; b) que se está iniciando en los más jóvenes —y por lo tanto de forma creciente— un fenómeno nuevo que es el de la proletarización gitana: en Madrid son obreros un 22,6 por 100, y en España, agrupando a los obreros manuales, un 45 por 100 de la población activa gitana; c) que en Madrid, el número de gitanos trabajando como independientes, chatarreros (33,7) y compraventa (20,6) es superior a la media nacional gitana: chatarreros, 14,8, y vendedores, 20,6; d) que estos datos son aproximativos y deben interpretarse con gran reserva, ya que los gitanos desarrollan, simultánea o progresivamente, varias ocupaciones; cuando pueden vender, venden; si no chatarrean, a veces peonan en la construcción; llegada la temporada se van a los trabajos agrícolas, pudiendo afirmarse que el 80 por 100 de la población gitana carece de un oficio fijo y constante.

Pero la *constante estructural* de todo este panorama laboral viene determinado por la situación de dependencia, infravaloración y *explotación* de la minoría gitana en general, bien sea en la variante de *proletario*, bien en la variante de trabajador independiente que ocupan en el chatarreo y en la venta *nichos abandonados, marginales y desprestigiados* por la sociedad paya dominante.

Prueba de esta infrasituación social y, por lo tanto, de su pertenencia a la infrabase piramidal de la estratificación social son sus ingresos económicos, sus viviendas, sus condiciones sanitarias y su nivel de educación formal.

Aunque de forma aproximativa, pueden servirnos estos datos del citado estudio GIEMS (1973) sobre los ingresos de una *semana* por persona: el 26 por 100 oscila entre las 3.000 y las 5.000 pesetas semanales; el 9 por 100 sobrepasa las 5.000, sin llegar nunca a las 6.000 pesetas; el 8 por 100 no llegó a las 1.000 pesetas, el 12 por 100 no obtuvo aquella semana ningún ingreso (11).

Si echamos una mirada nacional (ISA 1978), el 62 por 100 de las *familias* gitanas tuvo ingresos *mensuales* inferiores a las 20.000 pesetas, y el 90 por 100 tuvo ingresos inferiores a las 30.000 pesetas en el año 1978.

Esta situación de marginalidad y alineación estructural, cuya radicalidad consiste en su infraposición en la estructura de clases del sistema productivo español, viene patentizada en su calidad de asentamiento residencial urbano, siendo la chabola y la cercanía al vertedero-basurero metropolitano una de sus características ecológicas.

Si de la población gitana española (ISA 1978) un 75 por 100 vive en barracas o infraviviendas, un 80 por 100 no ocupa viviendas mayores a los 50 metros, un 50 por 100 no tiene

inodoro, un 34 por 100 carece de agua corriente y un 14 por 100 no tiene luz, la situación en Madrid es realmente dramática. De las 5.200 familias que se calculan viven en Madrid, 2.910 (más de un 50 por 100) viven en chabolas, 480 en barrios prefabricados y 1.700 en barrios populares. La ecología del hambre y de la miseria del cinturón de Madrid, con los ghettos de chabolas gitanas, constituyen un espacio sginificativo en la identidad cultural madrileña; los hombres de la Celsa, La Ventilla, San Blas-Vicálvaro, Barrio Lucero-Cerro Mica, Torregrosa, Alegría, Palomeras, Pozo del Huevo, Monte del Maño, Canalillo, Peñagrande, Puente de los Tres Ojos, Rancho del Cordobés, etc., etc., son nichos vivenciales tan madrileños como la Puerta del Sol y tan dignos de las señas de identidad de Madrid como la Cibeles. Y junto a éstos, los otros barrios populares, donde conviven en las casas prefabricadas o pisos gitanos y payos, como Pan Bendito, Villaverde, Entrevías, Hortaleza o el Centro, donde vendedores ambulantes gitanos y del Rastro habitan en viviendas de menos de 25 metros cuadrados. Los periódicos madrileños, que son una pista para la antropología urbana, captan así el fenómeno: «Chabolismo, el cáncer social de la capital; 30.000 familias viven en chabolas en Madrid; de ellos, casi 3.000 gitanos» (Diario *Ya*, 11-5-80); «40.000 gitanos en el extrarradio: la población gitana de la desdicha» (*Pueblo*, 24-3-80); «Gitanos, somos un pueblo perseguido. Holocausto gitano» (*Interviú*, 1-5-80); Un 30 por 100 de los chabolistas son gitanos» (*ABC*, 2-5-80); «La Celsa, un poblado donde malviven los gitanos» (*El Alcázar*, 1-5-80); «Las chabolas, un tributo al desarrollismo incontrolado» (*El País*, 23-3-80); «Mueren cuatro niños al incendiarse una chabola» (*El País*, 23-4-80); «Impresionante duelo por los pequeños que murieron carbonizados: Indignación y dolor en el entierro de los niños gitanos» (*Diario 16*, 25-4-80).

La situación de subempleo e infravivienda de la mayoría de los gitanos madrileños conlleva su falta de educación formal y de asistencia sanitaria: el analfabetismo gitano madrileño es superior al 50 por 100 (en la población total española es del 6 por 100) y los que han alcanzado la finalización de estudios primarios es de un 5 por 100 (frente al 85 por 100 de la población española). Se puede aplicar estimativamente a los gitanos madrileños los datos indicativos de la restante población gitana española; un escaso 5 por 100 sobrepasa los sesenta años; el 90 por 100 d elos niños chabolistas sufren de enfermedades broncopulmonares; el nivel de raquitismo es cinco veces superior en los niños gitanos que en los payos; existe mayor mortandad infantil; un 28 por 100 no tiene partida de nacimiento; más de un 15 por 100 no tiene Documento Nacional de Iidentidad, y casi un 70 por 100 no tiene Seguridad Social (13).

EXPLOTACION: ¿CULTURA DE LA POBREZA? ¿MARGINACION? ¿EXPLOTACION DE CLASE?

La ciencia —y la antropología urbana lo es— busca explicaciones. ¿Por qué la situación gitana en el Madrid de los ochenta? Un marco de explicación y análisis a este tipo de fenómenos es la teoría de la cultura de la pobreza, y en este caso de la cultura gitana, que tiene «su estructura y lógica propia, como un modo de vida que se transmite de generación en generación sobre las familias», siendo también «una adaptación como una reacción de los pobres frente a su posición marginal en una sociedad capitalista estratificada en clases y de alto nivel de individuación» (14). La teoría de Oscar Lewis explica algo significativo, como es la importancia social de la transmisión de una cultura o subcultura específica de generación en generación; pero al considerar autónoma a la subcultura, como un pegote al sistema dominante, falla en su explicación estructural. En el mismo sentido, son insuficientes y fallan las teorías reduccionistas y teorías culturalistas, que enfatizan en demasía los aspectos distintivos culturales-étnicos, como Fredik Barth, descuidando las relaciones estructurales de dominación y explotación de los distintos grupos (15).

La teoría de las «minorías marginadas», que sólo describen las bolsas de marginales, sin ver la relación funcional-estructural que los liga con el sistema de la sociedad global, pecan de descriptivismo y de simplismo científico. Es necesario, pues, entender la situación de *estos grupos como una consecuencia del sistema productivo y de la estructura de clases de la socie-*

dad global, viniendo su condición explicada estructuralmente, tanto como reserva del ejército de mano de obra barata (R. Pozas), como una necesidad del sistema productivo capitalista, que produce esta «marginalidad estructural» (D. Ribeiro). Según esta perspectiva, la explotación por clase o por situación lumpenproletaria se refuerza por discriminación étnica-racial (16).

Aplicado al caso gitano, el marco de nálisis más apropiado es el de su relación estructural con el proceso productivo español y con la estructura de clases de la sociedad global, a la que están incorporados los gitanos, de tal forma que el proceso de sedentarización, urbanización-proletarización será el factor fundamental de los cambios sociales y culturales en la etnia tradicional gitana, que darán como resultado no una asimilación-conversión en «payos», sino una transfiguración étnica (D. Ribeiro) o recreación, la cual, abandonando muchas de sus antiguas pautas tradicionales, conservará, sin embargo, su distintivo o identidad gitana (17).

EL MOVIMIENTO GITANO, ¿LUCHA DE ETNIAS O LUCHA DE CLASES?

Los conflictos y contradicciones de los gitanos madrileños —y españoles— cada día será creciente. Pero parece claro que, siendo su situación relacional, su pertenencia a la estructura de clases como proletarios u ocupación de nichos ecológicos del desperdicio, su enclave estructural en la reivindicación de sus derechos está con los sectores obreros y populares, es decir, en la lucha de clases y del movimiento obrero (18). Pero descuidar el aspecto cultural específico gitano, no prestar importancia a la estructura y valores étnicos, imposibilitaría cualquier incorporación de los gitanos a las luchas payas, aunque sean populares; es necesario *enfatizar la necesidad de la lucha étnica*, que reivindique los derechos propios de la cultura y pueblo gitano. De esta forma a la lucha de clases y la lucha de etnias se refuerzan mutuamente, siendo el reverso de liberación de su actual situación estructural: su explotación por clase y su discriminación por etnia. ¡Ojalá que en las próximas décadas el Movimiento de Liberación Gitana sea un pequeño pero significativo rasgo en el mosaico de identidad cultural madrileña!

NOTAS

(1) Mi experiencia de investigación y trabajo social con minorías étnicas ha sido de diez años en América (indios, chicanos y puertorriqueños). En España, desde su creación en enero de 1979, soy el secretario general de la Comisión Interministerial para el estudio de los problemas gitanos.

(2) El nombre es supuesto, pero el hecho es real.

(3) Sobre bibliografía histórica gitana, puede verse a María Helena Sánchez Ortega, *Documentación selecta sobre la situación de los gitanos españoles en el siglo* XVIII (Madrid: Editora Nacional, 1976); de la misma autora, *Los gitanos españoles: El Período Borbónico* (Madrid: Editorial Castellete, 1977).

(4) *Camelamos naquerar* es un corto cinematográfico con el bailarín Mario Maya y el guión de José Heredia Maya.

(5) Tomás Calvo Buezas, *Gitanos, minorías étnicas y delincuencia juvenil*, ponencia presentada al I Congreso sobre Fenomenología de la Delincuencia Juvenil, enero de 1980.

(6) Como estudio significativo sobre Madrid, tenemos del equipo GIEMS, coordinado por Teresa San Román, *Gitanos al encuentro de la ciudad: del chalaneo al peonaje* (Madrid: Edicusa, 1976). También el estudio sobre el barrio de la Charca, de Madrid, y de San Lucio, de Barcelona, la obra de Teresa San Román, *Vecinos Gitanos* (Madrid: Akal, 1976).

(7) El Instituto de Sociología Aplicada de Madrid (ISA), dirigido por José María Vázquez, realizó en 1978 una investigación «Estudio sociológico sobre los gitanos españoles» (Madrid, fotocopiado, 1979).

(8) La población gitada de Madrid es estimada de 10.000 a 12.000 en el año de 1971, según un informe de la Asociación de Desarrollo Gitano, citado por Teresa San Román, *Vecinos...*, p. 81. Actualmente se estima de 40.000 a 50.000 gitanos, según las diversas Asociaciones Gitanas, no existiendo ningún estudio serio fiable.

(9) Estudio citado de GIEMS, efectuado sobre una muestra de 1.196 gitanos, de cinco núcleos residenciales de Madrid.

(10) Instituto de Sociología Aplicada de Madrid, estudio citado.

(11) Estudio de GIEMS, p. 89.

(12) Datos del estudio del Instituto de Sociología Aplicada.

(13) Datos de las anteriores fuentes citadas y otros estudios. Hay que tomar con mucha reserva y únicamente de forma aproximativa, todas las estadísticas referentes a la población gitana. Consultar el número de la *Revista de Documentación Social*, noviembre 1980, dedicado a la «situación de los gitanos españoles», que recoge las ponencias y comunicaciones del Simposio Nacional organizado por Cáritas en noviembre de 1980.

(14) Oscar Lewis, *La Vida: una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza* (México: Mortiz, prólogo, pp. XLV-XLVI.

(15) Fredik Barth, ed., *Ethnic Groups and Bundaries: The Social Organization of Culture Difference* (Oslo: Universitesforlaget, 1969).

(16) Ricardo e Isabel Pozas, *Los indios en las clases sociales Organization of Culture Difference* (Oslo: Universitesforlaget, 1969).

(16) Ricardo e Isabel Pozas, *Los indios en las clases sociales de México* (México: Siglo XXI, 1973); Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina: estructuras de poder y fuerzas insurgentes* (México: Siglo XXI, 19793, pp. 109 ss.

(17) Darcy Ribeiro, *Las fronteras indígenas de la civilización* (México: Siglo XXI, 1973), donde expone la teoría de la «transfiguración étnicas, Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life: The role of Race, Religión and National Origins* (New York and Oxford: Oxford University Press, 1964); Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot* (Cambridge, Mass.: The M.I.T. Press, 1970).

(18) Sobre las interrelaciones de clase y etnia, puede verse el artículo de Edward Robbing, «ethnicity or class?», en Lohn. W. Bennet, ed., *The New Ethni city: Perspectives from Ethnology* (New York: West Publishing Co., 1975), pp. 286-304; también puede leerse a Milton M. Gordon, *op. cit.*, en su análisis de lo que él llama *ethclass*, p. 51 ss. Yo también he tratado este tema en mi obra de *Los más pobres en el país más rico: mitos, rituales y símbolos del movimiento campesino chicano* (Madrid, tesis doctoral en la Universidad Complutense 1976), de pronta publicación; así como lo he estudiado referente a la minoría gitana en mi ponencia del Simposio Nacional sobre la situación de los gitanos, analizando las relaciones de clase, raza y etnia, *Documentación Social*, noviembre 1980.